

la influencia que vosotras ejercéis sobre nosotros. Entonces erais útiles, necesarias; pero no invencibles. Verdad es que en aquellas antiguas edades, aun mucho después, os faltaba la gracia. Entonces os parecíais a los hombres y los hombres se parecían a las bestias. Para hacer de vosotras una maravilla terrible como lo sois ahora, para convertirnos en causa indiferente y soberana de sacrificios y de crímenes, necesitasteis dos cosas: la civilización, que os dió velos, y la religión, que os dió escrúpulos. Desde entonces sois un secreto y sois un pecado. Soñamos en vosotras y por vosotras nos condenamos. Inspiráis el deseo y el miedo; la locura de amor se ha apoderado del mundo. Un infalible instinto os inclina a la piedad. Razón tenéis de amar el cristianismo. El ha duplicado vuestro poder. ¿Conocéis a san Jerónimo? En Roma y en Asia le inspirasteis tal temor que por esquivaros huyó a un espantoso desierto. Allí, alimentado con raíces crudas y tostado por el sol hasta el punto de que su negra piel se le pegaba en los huesos allí volvió a encontraros. Su soledad se poblaba de vuestras imágenes, más hermosas aun que vosotras mismas.

Porque es una verdad bien experimentada por los ascetas, que los ensueños que sugerís son más seductores que las realidades que ofrecéis. Jerónimo rechazaba con igual horror vuestro recuerdo y vuestra presencia. En vano ayunaba y oraba; vosotras llenabais de ilusiones la triste vida de la que os

desterró. Tanto poder tiene la mujer sobre un santo. Dudo mucho que pueda ejercerlo tan grande sobre un habitual concurrente al Moulin-Rouge. Cuidad de que un poco de vuestro poder no se vaya con la fe y de no perder algo al dejar de ser un pecado.

Francamente, yo no creo que el racionalismo sea bueno para vosotras. En vuestro lugar yo no estimaría gran cosa a los psicólogos, que son indiscretos, que os analizan demasiado, que os califican de enfermas cuando los demás os creemos inspiradas y que denominan reflejos a vuestra sublime facultad de amar y sufrir. No es en este tono como se habla de vosotras en la Leyenda dorada; en ella se os llama paloma blanca, lirio de pureza, rosa de amor. Esto es más agradable que ser denominada histérica, alucinada y cataléptica, como se os dice cotidianamente desde que la ciencia ha triunfado.

En fin, yo en vuestro lugar, sentiría aversión por todos los emancipadores que desean haceros iguales a los hombres. Os exponen a caer. ¡Donosa ocurrencia igualaros a un abogado o a un boticario! Tened cuidado; ya os habéis despojado algo de vuestro misterio y de vuestro encanto. No todo se ha perdido; aun se baten, se arruinan, se suicidan los hombres por vosotras; pero los jóvenes sentados en los tranvías os dejan de pie en las plataformas.

Vuestro culto se muere con los viejos cultos.

Anatole France.

Grandeza del débil

Si los perros mandarines o burgueses salen a ladrar al ácrata que sigue su camino, bueno que los ahuyente cuando constituyan positivo estorbo, pero no más; porque si se encoleriza y se detiene a apedrearlos

cada vez que le ladren, pueden ocurrir dos cosas: 1a.; que se oscurezca la serenidad de su pensamiento con pasiones deprimentes que dificulten su potencia intelectual; 2a.; que dé a sus enemigos y perse-